

Pluralismo y fragmentación político-intelectual en USA

Es un viejecito con aspecto frágil y aseado que da la sensación de ser capaz de apasionarse por todo. Tuve la suerte de conocerle en un congreso de historiadores acerca del presidente norteamericano Roosevelt, celebrado en Holanda. Daba la sensación de seguir las sesiones con interés inagotable incluso cuando se trataban cuestiones muy alejadas del presidente norteamericano. Sobre él y su política interna en los Estados Unidos ha escrito el que sigue siendo el mejor libro en el momento presente, a pesar de los años transcurridos desde su aparición. Es uno de los intelectuales más conocidos en lo que podríamos denominar como «establishment» liberal (que allí equivale a algo así como socialdemócrata) en su país. Estuvo al lado de otro presidente, John F. Kennedy, como asesor y ha dejado escrita su experiencia en un libro que es a la vez el retrato de una época y unas memorias personales, pero que, sobre todo, se convierte para el lector en la mejor base para la mitificación del desaparecido presidente norteamericano. Se llama «Los mil días» y se refiere, claro está, a la duración de la presidencia de aquel personaje, ahora convertido en un auténtico héroe. El libro es delicioso por la pasión que puso el autor al escribirlo y digno de envidia porque consiguió eso que los historiadores siempre deseamos pero nos parece imposible: llegar a ser testigo directo de la Historia desde una primerísima fila, casi desde la fila de pista.

**JAVIER
TUSELL**

«Para Schlesinger, los Estados Unidos están pasando del sueño de la integración de hombres de muy distintas procedencias al repudio de la asimilación igualatoria entre todas.»



«En Estados Unidos hay líderes de las minorías que defienden, con impávida seriedad, la tesis de que el SIDA ha sido un mal creado a propósito por los blancos para exterminar a los negros,»



El personaje del que vengo tratando se llama Arthur Schlesinger y ha escrito un libro restallante que se ha convertido en muy poco tiempo en éxito de ventas en los Estados Unidos. No se trata de un libro de Historia sino de ensayo, y eso hace más sorprendente el éxito logrado pues al otro lado del Atlántico no existe, ni siquiera de manera remota, esta pasión por el género que se da en ciertas latitudes europeas, en especial en Francia. Aparte de los méritos indudables del autor, eso indica que trata en él de una cuestión nada banal para su país que, por otro lado, es también de una importancia trascendental para todos en este final del siglo XX que

nos ha tocado vivir. El libro se titula «La desunión de America. Reflexiones sobre la sociedad multicultural» y no tiene desperdicio. Aunque la forma de vida de los Estados Unidos es muy diferente a la nuestra, la verdad es que hay paralelismos que resultarán patentes con una breve descripción de lo que escribe Schlesinger.

Para él, los Estados Unidos están pasando del sueño de la integración de hombres de muy distintas procedencias al repudio de la asimilación igualatoria entre todas. El dólar sigue teniendo grabada en su cara la divisa latina «E pluribus unum» (algo así como «De varias culturas, una unidad cultural») pero ya ha dejado de funcionar el crisol de etnias y culturas («melting pot») que fue en el pasado la característica de Estados Unidos. Ahora cada grupo cultural parece empeñado, ante todo, en defender su peculiaridad, lo específico y diferenciador en vez de aquello que implica identidad. Para ello no duda en inventarse la Historia y utilizarla para sus fines. Hay quien se inventa que la declaración de independencia de los Estados Unidos tiene mucho más que ver con la mentalidad de los indígenas iroqueses que con el pensamiento de la ilustración en el siglo XVII. Una parte de la población negra ha convertido sus reclamaciones no en deseo de promoción personal igualitaria sino en un afrocentrismo desaforado que sirve de escape para evitar las vías de transformación reformistas y a menudo no hace otra cosa que exacerbar las tensiones de modo gratuito. En Estados Unidos hay líderes de las minorías que defienden, con impávida seriedad, la tesis de que el SIDA ha sido un mal creado a propósito por los blancos para exterminar a los negros. Esos pueden ser un puñado de lunáticos pero se ha difundido, de una manera impensable en otros tiempos, la tesis de que la pertenencia a un grupo debe ser considerada como la experiencia fundamental de un individuo y el factor que le va a permitir el progreso, y no la coincidencia en una fórmula de organización de la sociedad. Es la antítesis de la tradición norteamericana que partía de la base de que un individuo podía con el solo esfuerzo propio llegar al culmen de la vida social; ahora se trata de que el individuo se vea protegido por la pertenencia a la tribu o el clan. Hay, por supuesto, todavía problemas de racismo en los Estados Unidos, pero tan graves como ellos son los relativos a la protección «positiva» a favor de las mino-

rías que establece cuotas raciales para proteger a la hora de entrar en una Universidad. Una anécdota tan sólo que revela la conversión de una reclamación de igualdad en una demagogia: el alcalde de Washington, caracterizado por su escaso escrúpulo administrativo y convicto de un delito de consumo de drogas, acaba de ganar las elecciones a concejal en la capital. Ha hecho propaganda vestido de una curiosa manera, una especie de traje regional nigeriano, como para testimoniar su identidad con el resto de los miembros de su raza. Lo malo del caso es que ha arrollado, a pesar de lo evidente del truco.

Se apreciará la diferencia entre lo que sucedía en otros tiempos y lo que pasa ahora en los Estados Unidos.

En otro tiempo cada grupo de procedencia cultural y étnica distinta mantenía la peculiaridad, e incluso ésta era bien patente en el momento de depositar el voto, pero lo que permanecía firme e inequívoco era el apego a una forma de vida colectiva, por lo menos en lo que respecta a los grandes principios. Ahora el énfasis puesto en la fragmentación cultural contribuye a hacer impensable que un individuo, al margen del grupo a que pertenece, avance sin ir acompañado por su propio grupo. Pero, además, las identidades culturales aisladas destruyen por completo los principios universales en los que se basa la sociedad norteamericana. Uno encuentra ecos de lo descrito por Schlesinger a este lado del Atlántico. ¿Qué es el rebrote del nacionalismo sino una vuelta al clan, un olvido de los valores universales? Parece como si esta Humanidad del fin de siglo, cuando se ha derrumbado el mundo de las certidumbres del comunismo, haya recurrido a argumentos mas irracionales todavía. Aquel era una especie de religión que pretendía ser científica pero que por lo menos defendía valores universales. El apego al clan, al nacionalismo visceral, carece de argumentación racional alguna; es la defensa de lo inmediato por la propia inmediatez y nada más que eso. Resulta la simplificación al máximo de los males propios y de sus soluciones y puede tener resultados no sólo atentatorios contra los valores universales sino también contra la propia esencia de la persona humana. Si hace falta matar al vecino eso puede llegar a ser justificable, como se ha demostrado en Bosnia.

Lo peor del caso es que esta actitud tiene un cierto reflejo también en España: no se trata de nada tan peligroso y tan acentuado como en otras latitudes, pero sin duda tiene que ver con un fenómeno que se da con carácter universal en estos tiempos que nos ha tocado vivir. El nacionalismo vasco, gallego o catalán pueden ser argumentados, lo que no puede aceptarse es que pretendan basarse en una identidad nacional inmutable a través de los siglos y siempre preterida por la persecución de un poder centralista. Tampoco podría justificarse que pasasen por delante de valores universales con la pretensión de justificar los males propios por la persecución ajena. Resulta intolerable (porque es una mutilación y un signo de prefe-

«Uno encuentra ecos de lo descrito por Schlesinger a este lado del Atlántico ¿ Qué es el rebote del nacionalismo sino una vuelta al clan, un olvido de los valores universales ?»



rencia por lo insignificante) esa opción que hacen otras comunidades autónomas por lo propio que, en estricta jerarquía de valores, vale poquísimo desde el punto de vista cultural sobre todo en comparación con los valores más generales de la cultura española. Pero desde el punto de vista político todavía resulta más peligroso el hecho de que esa exasperada exaltación de la propia peculiaridad concluya en una conflictividad permanente de solución imposible. Quizá también entre nosotros es necesaria una vuelta a los valores universales tanto en la cultura como en la política.